

## Entrevista a Michael Bustamante

Sergio Angel

**Sergio Angel (S.A):** ¿Cómo llegas a este momento actual de estar en la Universidad de Miami, de vincularte a la cátedra que ocupas en este momento? ¿Cómo llegas concretamente, a lo que vamos a hablar el día de hoy, y es tu última obra *Cuban Memory Wars: Retrospective Politics in Revolution and Exile*?

**Michael Bustamante (M.B):** Contar mi recorrido para llegar a estos momentos sería un viaje bastante largo, así que voy a tratar de ser breve.

Yo soy cubano americano, aunque provengo de una “familia mixta”. Mi padre nació en Cuba, mientras que mi mamá no tenía nada que ver con Cuba, aunque ya a estas alturas es cubana honoraria. De manera que yo me crié en una casa donde había cierta conexión con Cuba, pero un nexo con cierta distancia, producto del hecho de que cuando la familia de mi padre se fue de Cuba en los años 60, se radicó en Nueva York (un gran centro de la diáspora cubana en Estados Unidos, si bien que no tanto como, por ejemplo, Miami, donde vivo ahora.) Así que en mi juventud yo no tenía una conexión tan directa con el tema Cuba.

Me fui interesando en el mismo durante mis años universitarios, en Yale University. Fue la profesora Lilian Guerra, ahora de la Universidad de la Florida, quien me abrió las puertas para poder entrar seriamente en materia. Me invitó a pasar, junto a otros estudiantes, un verano en La Habana con ella, realizando investigaciones para una tesis de licenciatura en aquel momento. Después de terminar mi licenciatura pasé a trabajar 3 años en el Consejo de Relaciones Exteriores (*Council on Foreign Relations*): un “think tank” dedicado al estudio de las relaciones internacionales con oficinas en Nueva York y Washington, D.C. Ahí trabajé las temáticas relativas a las relaciones de Estados Unidos con América Latina en general, pero también el tema de la relación Cuba-Estados Unidos. Y después, decidí regresar a Yale para hacer un doctorado en historia porque había decidido que quería ser historiador, aunque siempre con una mirada puesta en el presente. Posteriormente, pasé a formar parte del profesorado en la Universidad Internacional de la Florida por cinco años, para luego recibir la oferta de venir a la Universidad de Miami en 2021.

El libro que acabo de publicar nace de mi tesis doctoral en Yale University, la cual terminé en el año 2016. El libro representa una versión expandida en algunas partes y cortada en otras de la tesis.

Creo que mi interés por el tema de la memoria histórica, y las luchas sobre la misma entre los cubanos,

nace no solamente de mi experiencia como cubano americano, de haber escuchado durante toda mi niñez versiones encontradas de lo que representa la revolución para unos y otros, sino también de haber leído con mucho detalle toda una historiografía dedicada a las luchas sobre la memoria en países latinoamericanos como Chile, Argentina, y los países de América Central. Yo me hacía la pregunta: ¿Y dónde está Cuba en esta literatura, en esta historiografía? Yo notaba una ausencia y quería de alguna manera tratar de empezar a llenar ese bache historiográfico con la tesis, y ahora con el libro.

**(S.A):** Michael, dos preguntas me surgen a partir de esto. Primero, ¿qué antecedentes, en términos de toda esta guerra por la memoria, te encontraste a lo largo de tu búsqueda? ¿Qué textos son capitales al momento de entrar en esta obra y que tu discutes dentro de tu propio trabajo? Por otra parte, ¿cuál es esa tesis central que tu desarrollas y por la cual te decantaste después de ver un tema increíblemente polémico, sobre todo porque además te concentras en esas dos primeras décadas después de la llegada de la revolución?

**(M.B):** En realidad no creo que el libro discuta con otros libros. Creo más bien que entra en diálogo con otros estudios que han tenido la memoria o la movilización de cierta visión de la historia en el caso cubano como un enfoque de su análisis, sin ser necesariamente el tema central.

El tema de la memoria da para muchos diferentes tipos de estudios. Hay historiadores como Rafael Rojas, por ejemplo, que han estudiado el tema de la memoria a través de las inclusiones y exclusiones en los cánones literarios y culturales de Cuba a lo largo de los años. Es esta una manera muy válida de aproximarnos al tema. Asimismo, está el importante libro de Lilian Guerra que, como ella fue mi mentora durante mi doctorado, me influyó bastante, un libro que se llama *Visions of Power in Cuba: Revolution, Redemption, and Resistance, 1959-1971*. Ella relata cómo en los años 60 parte de lo que el gobierno trató de hacer fue construir una narrativa consensuada de qué representa la revolución y de dónde vino, y así construir una legitimidad desde abajo de la sociedad. En este caso, la autora relata ese proceso con bastante detalle.

Lo que yo quería hacer era, de alguna manera, enriquecer esos estudios previos, incorporando una cronología un poco más extensa en el estudio, y también la parte de la lucha sobre la memoria que se ubicaba en

la diáspora cubana, en el exilio cubano, sobre todo en Miami, pero no solamente allí. Me parecía que para contar la historia de la lucha sobre la memoria entre los cubanos, había que mirar más allá de la isla. A final y al cabo, esa lucha involucra de manera muy especial al exilio porque sus historias vienen a ser, en muchos sentidos, la contraparte a una naciente historia oficial que se va construyendo.

Pero tampoco esta historia de la lucha sobre la memoria se reduce a una batalla *entre* el exilio y la isla, o la manera en la que el gobierno cuenta la historia en Cuba y la manera en la que se cuenta fuera. Existe esa polarización, por supuesto, pero dentro de ambos escenarios hay conflictos, y una relación a veces indirecta, a veces muy directa. Solemos pensar a Miami y Cuba en los años sesenta y setenta como lugares totalmente separados, pero uno se da cuenta muy rápidamente cuando entra en el archivo de que en muchos sentidos las batallas sobre la memoria en el exilio eran la continuación de batallas que comenzaron en la isla. Y eso tiene que ver con el hecho de que los que terminaban en el exilio no eran solamente ex partidarios del gobierno de Batista u otros líderes desde antes de 1959, sino también ex partidarios de la revolución. Entonces cuando ellos llegaban a Miami empezaban a discutir con las personas que habían sido sus propios enemigos políticos en otros momentos sobre qué había pasado, por qué, quién tenía la culpa, etc.

Entonces, una de las tesis centrales del libro es precisamente eso: que la batalla sobre la memoria de los cubanos a partir del 59 no se reduce solamente a una polarización entre Miami y La Habana. Otra igual o más importante es que la batalla sobre la memoria histórica entre los cubanos es uno de los ejes centrales del conflicto cubano en sentido general.

**(S.A): ¿Qué trabajo de archivo desarrollaste, Michael? ¿Qué tipo de archivos visitaste? Supongo que fuiste al Cuban Heritage Collection, a los archivos que también están allí de las colecciones especiales de FIU (Florida International University), pero cuéntanos concretamente: ¿Qué tipo de materiales de archivo tomaste en cuenta?, y específicamente ¿qué rutas tomaste para conocer esas diferentes posturas en torno a la memoria dentro del exilio?**

**(M.B):** Uno de los desafíos que tuve que enfrentar era la desigualdad, en cierto sentido, del tipo de archivo al que podía acceder.

Yo realicé investigaciones de campo tanto en Cuba como en Estados Unidos, en Miami fundamentalmente. Mencionaste el Cuban Heritage Collection en la Universidad de Miami, donde ahora tengo la suerte de trabajar. Es una colección tremenda para aquellas personas que aún no la conozcan. A mí me sirvió sobre todo para adentrarme en las historias de esos tempranos exilios en los años 60, y más allá, porque ahí pude

revisar no solamente la prensa del exilio de aquellos años, sino también los archivos internos de varias organizaciones políticas que se establecieron en Miami en aquel momento, organizaciones dedicadas a la lucha contra el gobierno cubano, por supuesto—algunas financiadas directamente por el gobierno de los Estados Unidos, a veces indirectamente, otras veces totalmente independientes—pero que reflejaban distintas trayectorias políticas con orígenes en Cuba.

En este sentido, era muy revelador estudiar cómo organizaciones con raíces evidentemente batistianas en términos de su personal y de su liderazgo, intentaban representar la historia de lo que le acababa de pasar a la nación versus cómo intentaban representar esa historia reciente otras organizaciones que más bien tenían sus orígenes en personas y corrientes que habían formado parte del frente revolucionario o frente anti batistiano. Son estos últimos, de hecho, que estaban recibiendo apoyo más directo de los Estados Unidos, precisamente, porque no tenían antecedentes pro batistianos (de los cuales el gobierno de los Estados Unidos quiere distanciarse). En contraste con las fuerzas “batistianas,” por así decirlo, que cuestionaban la necesidad de cualquier revolución, estas otras organizaciones estaban tratando de comunicar un mensaje de que sí hacía falta una revolución, pero no esta, que tomó el rumbo que tomó a partir de 1960. Y ellos entraban en debates constantes entre sí, pero también entre otras facciones y liderazgos dentro del propio exilio.

En cambio, en la isla, investigar fue más complejo porque no podía acceder a archivos que reflejaban la misma riqueza de discusiones internas, por ejemplo, dentro de distintas instituciones gubernamentales que se iban estableciendo en los años 60. Pero sí podía revisar prensa muy poco estudiada. La prensa cubana del año 1959, incluso gran parte del año 1960, no deja de ser fascinante porque es una prensa que contiene facciones diferentes del mismo campo revolucionario, y hay todavía una prensa no estatal hasta mediados de 1960. Ahí, por ejemplo, podía rastrear los muy interesantes debates sobre la memoria histórica que iban saliendo a la palestra en los momentos iniciales de la revolución en el poder—en particular, sobre el rol del antiguo partido comunista (Partido Socialista Popular) en el devenir nacional. A partir de ahí, seguía revisando la prensa ya plenamente estatal, aunque no dejaba de ser relevante porque la misma “historia oficial” que se va consolidando experimenta constantes evoluciones que uno puede rastrear a lo largo de los años. Pero para compensar la falta de material en comparación con lo que encontraba para el contexto de Miami, también tuve que incorporar al estudio mucho material cultural—por ejemplo, cine, series de televisión—que también intervenían de forma muy importante en la manera en que los propios cubanos llegaban a entender su pasado.

Entonces, es un libro que en sentido general reúne una diversidad de fuentes con un fuerte énfasis en lo cultural, y no es un libro, quizá para sorpresa de algunos, que se basa mucho en entrevistas. Yo tomé una decisión consciente de no usar historia oral como elemento central del estudio, excepto en algunos momentos particulares, como el último capítulo del libro que está dedicado al año 1979. En ese año, por primera vez los que se habían exiliado en los Estados Unidos reciben el permiso de regresar a Cuba y hay más de 100.000 personas que lo hacen. El resultado es una especie de encuentro de memorias entre los que se habían quedado y los que se habían ido. Es un momento poco estudiado, y ahí sí tuve que recurrir a la historia oral porque no había otra forma de contar esa historia.

**(S.A): ¿Por qué tomaste esa decisión deliberada, en términos metodológicos, de construir a partir de este trabajo de archivo? ¿Por qué optaste por no usar las entrevistas como complemento en otros episodios y no solamente en este último?**

**(M.B):** Hay dos elementos aquí, uno práctico y otro metodológico. El elemento práctico—y esto es una realidad para cualquier persona, sobre todo desde el extranjero, que quiere realizar investigaciones en Cuba—es las entrevistas, estas pueden complicar la tarea de poder acceder a archivos o hemerotecas. En algún momento alguien me preguntó si yo quería realizar entrevistas y yo entendí enseguida que si respondía sí eso me iba a complicar la otra parte de la investigación que yo necesitaba realizar. Entonces para investigar sobre Cuba a veces intervienen esos factores (o filtros) prácticos o políticos, y que significan que uno no puede realizar todas las investigaciones que uno quisiera. Lo mismo que yo no podía acceder a ciertos archivos de organizaciones o instituciones gubernamentales precisamente porque esos archivos no están abiertos a nadie.

Pero también había una preocupación metodológica muy seria, y es que cuando se está estudiando la construcción de la memoria y se quiere entender cómo es que una persona entendía su pasado o el pasado de su nación, no ahora sino en 1965, realizar una entrevista *ahora* a esa persona no fácilmente permite acceder a la subjetividad de esa persona en aquel momento hace décadas, y esa es la subjetividad a la cual yo quería acceder idealmente. Dicho de otro modo, si yo realizo una entrevista con una persona ahora y esa persona me relata su historia, es muy difícil que ese relato no muestre la influencia de todos estos años de lucha sobre la memoria desde aquel entonces, en vez de reflejar precisamente cómo pensaba en el momento histórico que me interesa para mi estudio. Por eso tomé la decisión de no centrar las historias orales como objeto primordial de análisis. No es que no se pueda estudiar memoria usando historia oral desde otras ópticas; claro que se puede hacer. Pero como yo quería estudiar la lucha sobre la memoria histórica como algo que siem-

pre está en *moción en momentos históricos particulares*, decidí no basarme tan centralmente en historias orales. Dicho esto, no solamente para el capítulo sobre el año 1979 sino para otros, sí realicé algunas entrevistas para suplementar lo que iba encontrando (o no) en los archivos. Por ejemplo, tengo un capítulo dedicado a dos organizaciones del exilio cubano, organizaciones de jóvenes en los años 70 que tenían visiones muy diferentes sobre Cuba, pero también tenían en común cierta crítica hacia la generación de sus padres, lo cual me resultaba interesante. Yo entrevisté a varias personas de ambas organizaciones para reunir información sobre el funcionamiento de esas organizaciones, sobre sus ideas, para confirmar lo que yo iba viendo en la documentación, pero no para servir como el objeto de estudio en sí.

Por supuesto, creo que es necesario realizar muchísima historia oral para complementar lo que yo trato de lograr en el libro. Pero insisto, si vamos a tratar de llegar a cómo un individuo entendía su pasado o entendía la narrativa del gobierno acerca de su pasado en el año 79 o en el 65, es muy difícil acceder a esa subjetividad a través de una entrevista realizada en el presente.

**(S.A): Una de las cosas que más me llama la atención es que nosotros en Colombia estamos en una permanente discusión por la memoria producto del conflicto armado, y ese es uno de los terrenos en discusión más complejos, y cada vez me doy cuenta de la importancia que tiene la memoria sobre todo en la reconstrucción de lo que ha sucedido en Cuba, y yo creo que uno de los grandes valores de tu libro es entender esa diferenciación que muestra lo que está en Cuba y particularmente en La Habana, y lo que está en el exilio y particularmente en Miami, que no son dos cosas y ya, sino que hay una complejidad dentro de cada una de estas construcciones y disputas por la memoria en cada uno de estos escenarios. Esa diversidad creo que en términos de reconocimiento ya es interesante para entender esas mismas pugnas.**

**Por tanto, quisiera preguntarte muy puntualmente por una cosa, por la lucha por la memoria, que es el campo en el que tú estás trabajando, y también por la tarea en sí misma de hacer una construcción de la memoria, es decir, reconstruirla en sí misma. Yo quisiera que nos contaras si esa lucha por la memoria es efectivamente la manera de interpretar, pero simplemente tú estás en la lucha de esas interpretaciones que tienen esas organizaciones diferentes, o hay trabajos de reconstrucción de memoria desde cada una de estas organizaciones que efectivamente han llevado a una narrativa diferente tanto dentro de Cuba como fuera de Cuba.**

**(M.B):** Yo creo que las dos dimensiones van de la mano, y citaré un ejemplo. Yo acabo de mencionar el capítulo de mi libro dedicado a dos organizaciones de jóvenes en el exilio de los años 70. Una de esas organizaciones

se llamaba Agrupación Abdala, y ha sido hasta ahora poco estudiada. Así que por un lado se podría decir que yo rescato la historia o la memoria de esa organización. Pero también relato cómo ellos mismos participaban en un campo de lucha sobre la memoria en el contexto de los años 70. De hecho, ellos proponían reconstruir una memoria que ellos estimaban que había sido perdida en el propio exilio.

Hay que ponernos en el contexto de los años 70. Es un momento en que, pese a muchísimas dificultades en Cuba, incluyendo un contexto de represión cultural fuerte, no hay mucha esperanza de que haya un cambio político a la esquina como era la ilusión de muchos en el exilio (con o sin razón) en los años 60. Es más, si bien al principio de los años 60 había muchas personas en el exilio que decían abiertamente que una revolución había sido necesaria por alguna razón, aunque “traicionada” después, ya para finales de la década hay un discurso más nostálgico en auge, un discurso que entra en contradicción con esa otra idea, porque si tú celebras “la Cuba que fue” como el paraíso perdido, estás insinuando que no hacía falta ningún cambio, ninguna revolución, incluso una más moderada.

En este ambiente surge este grupo de jóvenes que mayoritariamente tienen entre 20 y 30 años de edad, que salieron de Cuba cuando eran adolescentes—es decir, no salieron de Cuba por decisión propia sino por decisión de sus familias—y que se han criado y formado en un ambiente muy convulso en los Estados Unidos: la época de la lucha por los derechos civiles, la época de las protestas contra la guerra en Vietnam, una época de crisis económica en el propio EE.UU., cosas que los hacen simpatizar con causas sociales. Ya para los setenta, también están observando cómo va avanzando la política de *detente*, o distensión, entre los mundos capitalista y socialista, algo que refuerza en ellos la creencia de que no se puede confiar en los EE.UU. como aliado de la lucha de los pueblos del tercer mundo, mucho menos las de los cubanos. En este contexto, es muy interesante cómo ellos reconstruyen una memoria antiimperialista y a la vez anticomunista de la historia cubana, desde las guerras de independencia hasta su presente, y empiezan a criticar el hecho de que sus padres o la generación de sus padres hubieran establecido alianzas con el gobierno de los Estados Unidos en los años 60. Ellos son más anti-Castro o anticomunista que cualquier otra organización del momento, pero también se oponen a actitudes “plattistas” (en referencia a la enmienda Platt de 1901) dentro de su propia comunidad. Es decir, se nutren de un canon nacionalista eminentemente antiimperialista que ellos estiman se ha perdido en la misma cultura del exilio cubano y que, a grandes rasgos, se asemeja al canon de pensamiento sobre el cual se ha construido parte de la historia oficial en Cuba. Entonces, ahí están participando en una lucha sobre la memoria, pero también están reconstruyendo una nueva memoria que para ellos les sirve en

su presente. Y yo rescato esa historia, una historia que había sido pasada por alto.

Esto es un ejemplo, entonces, de la manera en que el libro no solamente estudia, sino también inevitablemente interviene en esa lucha sobre la memoria histórica de los cubanos, al rescatar ciertas historias olvidadas que son parte de esa larga lucha. De este modo, yo también estoy reconstruyendo otra manera de aproximarnos al pasado. Dicho de otra manera, uno de mis objetivos fundamentales con el libro es muy simple: que el público cubano entienda que la misma lucha sobre la memoria forma parte de su historia, de las historias de su país y sus connacionales. Yo quiero que los cubanos incorporen a su propia memoria histórica esa historia de lucha sobre la memoria. Esa es la reconstrucción que yo, de alguna manera, estoy tratando de realizar.

**(S.A): Uno de los asuntos más complejos en términos de este trabajo de memoria es que indefectiblemente significa una toma de partida como tú planteaste. Nosotros, por ejemplo, desde el proyecto del observatorio de libertad académica tomamos una decisión política clara al momento de hacer reconstrucción de memoria, posicionándonos en dos niveles. El primero es, a saber, que: hay una persecución política de disidentes dentro de las universidades cubanas, siendo una política de Estado. Y la segunda: nosotros construimos una memoria desde las víctimas. ¿Crees que también en términos de este trabajo que tu desarrollo asumes una postura política, o no asumes una postura política? ¿Crees que en este trabajo es más un asunto de narrar esas disputas o crees que también en esas disputas uno siempre asume indefectiblemente una posición?**

**(M.B):** Al estudiar el tema de la memoria uno casi siempre termina interviniendo en el campo que uno estudia. Mi enfoque y meta principal fue narrar las disputas. Pero la manera en que lo hago sí implica cierta toma de posición no solamente respecto al gobierno cubano, sino también respecto a las maneras predominantes en que se han relatado la historia de Cuba desde el exilio. Para mí, la historia de la lucha sobre la memoria entre los cubanos no se reduce simplemente a la lucha del exilio cubano por rescatar o preservar “la historia verdadera” frente al silencio de “la historia oficial,” como a veces se argumenta. Hay que hacer un trabajo de deconstrucción de esa historia oficial, sin duda—sus silencios, sus evasiones, sus metamorfosis convenientes—y lo hago en el libro, pero sin dejar de problematizar otros discursos que le han servido de repuesta. Al final, cada acto de memoria, cada acto de acordarnos de algo, implica un acto de olvido porque la memoria (individual o colectiva) siempre es selectiva. En este sentido, no es un libro complaciente con el gobierno cubano, pero tampoco con algunas dinámicas que yo considero problemáticas dentro del mismo

exilio—como, por ejemplo, cierta nostalgia acrítica que ha querido olvidar o borrar de dónde vino la revolución del 59, y la profundidad y la diversidad de demandas (sociales, políticas, históricas, y económicas) a la que respondía, ninguna de las cuales inevitablemente conducían a la forma que la revolución tomó en el poder, como la historia oficial ha querido hacernos entender...

**(S.A): En términos de temporalidad, ¿la cronología la decidiste previamente antes de comenzar la investigación, o la fuiste definiendo en el desarrollo de la investigación? ¿Cómo llegaste a ese 59-79, tan claro en términos de desarrollo de tu investigación?**

**(M.B):** La cronología es el enemigo de cualquier historiador, porque las historias nunca terminan del todo, mucho menos una historia como esta. Obviamente, la lucha sobre la memoria entre los cubanos está más viva que nunca.

Mira, cuando yo empecé esta investigación yo tenía la ilusión (ridícula, ahora que lo pienso) de poder estudiar este fenómeno durante todos estos últimos 60 años y ahí choqué con la realidad de lo difícil que es realizar investigaciones de archivo en Cuba, fuera de Cuba, o sencillamente sobre Cuba. O sea, no estamos hablando de un escenario en que había muchos archivos digitalizados. Eso ha mejorado bastante en los últimos años, pero cuando yo estaba realizando esta investigación, toda esa prensa de Cuba o del exilio que yo tenía que revisar era a mano, o sea, página por página, algo muy laborioso. Así choqué con el límite de tiempo que tenía para terminar el doctorado y con la idea de que, si esto iba a convertirse en un libro algún día, iba a tener que poner un marco cronológico más reducido. Como punto de comparación, siempre pongo el ejemplo del historiador norteamericano Steve J. Stern, ahora jubilado de la Universidad de Wisconsin, quien ha estudiado el tema de la memoria en Chile durante el gobierno de Pinochet y la transición después. Pues bien, él tuvo que publicar *tres tomos* sobre esa temática, y él tenía el peso en la academia como para ir a una editorial y desarrollarlos; yo no. Entonces, tenía que poner límites. Pero si bien cualquier límite es artificial, creo que el año 79 me sirve bastante bien por varias razones. Si parte de lo que yo narro en el libro es el comienzo de esa lucha sobre la memoria en Cuba, y después la manera en que se traslada al exilio a partir del 59, el año 79 viene a ser el momento en el que hay cierto reencuentro entre las dos partes, y el encuentro no es nítido, no es un reencuentro del todo feliz. Los que están en la isla se dan cuenta a veces de que las historias que se han contado acerca de las personas que se han ido no ofrecen una representación fidedigna de quienes son. Pero al mismo tiempo los exiliados que regresan se dan cuenta de que después de 20 años el país ya no es el mismo, y su pertinencia es cuestionada. Entonces, ese reencuentro deja ciertos traumas y ciertos elementos para la continuación de esa lucha sobre la memoria.

Además, con el éxodo del Mariel del 80, el ciclo de separación comienza otra vez.

Dicho esto, yo trato en una conclusión bastante extensa de narrar de forma *express* la historia posterior de la lucha sobre la memoria entre los cubanos hasta el presente. Pero claro, queda pendiente la realización de un tomo dos de este libro, dedicado con más detalle a los años 80 y 90 y más allá. No dudo que haga falta.

**(S.A): Pensando hacia adelante, ¿tú crees que se debería haber una comisión de memoria histórica que permita reconstruir lo que ha sucedido durante estos 60 años, y más en Cuba? Teniendo en cuenta que se daría una empresa que abarca de manera externa la información, ¿crees que esta sería una empresa necesaria y pertinente para cualquier tipo de pensar hacia adelante?, y si lo pensaras ¿cómo crees que podría resultar factible?**

**(M.B):** Yo creo que indiscutiblemente una empresa así será necesaria, pero va a ser muy complejo definir los parámetros de lo que cae dentro de la empresa. Para mí, por ejemplo, no sería justo limitar los años de enfoque simplemente al año 59 para acá. Habría que empezar en 1952, porque las raíces de todo este conflicto comienzan al menos con el golpe de Estado ese año. ¿Pero cómo enfrentar un período de tiempo tan largo? No sé. ¿Qué hacer con el papel particular de Estados Unidos en el conflicto cubano? También, yo estoy convencido de que el exilio, la diáspora cubana, tiene que formar parte de esta empresa, no solamente como participante o testigo, sino también como sujeto de análisis. Es decir, habría que estudiar tanto las injusticias y actos de violencia política que se han cometido en nombre de la revolución como los que son atribuibles al exilio, no importa el equilibrio o desequilibrio entre ellos. Pienso, por ejemplo, en el involucramiento de franjas radicales del exilio en actividades terroristas en los años 70.

Las comisiones de verdad y justicia que han tenido más éxito o renombre tienen ese enfoque plural y objetivo en el estudio de un conflicto. Por ejemplo, en la comisión de verdad y justicia que se realizó en Guatemala después de la guerra civil en aquel país, se estudió tanto los actos de violencia contra civiles cometidos por las fuerzas militares, como las mismas injusticias cometidas por la guerrilla, aunque estas últimas fueran muy menores en comparación. Pero también es cierto que las comisiones de verdad y justicia con muy poca frecuencia representan la conclusión de una batalla sobre la memoria, sino otra fase, como efectivamente ocurrió en el caso de Guatemala, cuando el gobierno guatemalteco del momento rehusó aceptar los resultados de la investigación. También hay la compleja discusión sobre la relación entre una comisión de verdad y la cuestión de la *justicia*. En el caso de Sudáfrica, por ejemplo, una de las condiciones establecidas para incentivar la colección de testimonios era una

garantía de inmunidad para los testigos. ¿La verdad o la reconciliación solo se consigue en detrimento de la justicia? ¿O requiere justicia? A largo plazo, ese tipo de cálculo—yo ofrezco mi testimonio y en cambio no voy a la cárcel—ha dejado en muchos países una especie de caja de pandora que se abre muy fácilmente después. Por otro lado, ¿se puede llegar a la verdad en muchos contextos de otra manera? Son ejemplos, dilemas, y experiencias que habría que tomar en cuenta para el caso cubano.

**(S.A): ¿Qué no van a encontrar las personas cuando lean tu libro?**

**(M.B):** Un ejemplo muy puntual: hay una larga disputa sobre la memoria del Che Guevara, sobre qué hizo o no hizo, si es un héroe o un asesino, etc. Yo no incluyo esa arista de una lucha más grande en el libro precisamente porque hay otras personas que lo han estudiado.

También hay una larga disputa dentro y fuera de Cuba sobre la memoria de la operación Pedro Pan. Para muchos niños beneficiados por esta operación fue la manera por la cual sus padres los “salvaron del comunismo.” En Cuba, en cambio, se ha querido representar ese proceso como uno en que padres burgueses les robaron el futuro revolucionario a sus niños. También hay otros relatos intermedios, que reconocen el trauma del proceso, pero no dejan de agradecer su resultado. Otra vez, hay otros colegas que han estudiado esta particular lucha sobre la memoria, por lo cual decidí no incluirla como elemento central en el libro (aunque la menciono).

Habrán muchos otros ejemplos, porque una de las cosas que yo reconozco abiertamente en la introducción del libro es que un sólo libro sobre esta temática tan grande no iba a poder tocar todos los elementos, todos los momentos, todos los episodios, todas las aristas de ese conflicto enorme que es el conflicto sobre la memoria en Cuba y entre los cubanos. Espero haber logrado dibujar algunas de las vertientes principales del conflicto, pero nada me haría más feliz que otros colegas se inspiraran por las ausencias que vayan encontrando. La tarea de no solamente historiar el conflicto sobre la memoria sino también ir la reconstruyendo da para muchos estudios más.

**(S.A): Muchísimas gracias, Michael, por este corto diálogo.**